



MANUEL VILLALBA PERERA

Homenaje a Luis Feria

# Se nos fue el hombre, queda el poeta

Cuando vemos cómo se desprecia el arte, la literatura y en concreto a la poesía sabemos que se está desconociendo o ignorando que todas las cosas materiales del mundo pasarán y quedarán reducidas a la nada y al olvido, pero que no pasará la palabra del poeta. Por ello podemos decir que se nos fue el hombre y que queda el poeta. Con su muerte se eleva para siempre a la categoría de inmortal el poeta Luis Feria.

Ha tenido Luis Feria una muerte triste y silenciosa y me ha hecho recordar aquella otra muerte triste de Antonio Bermejo hace ya tantos años, aunque sólo sea por el aislamiento en el que ambos vivieron los últimos años de sus vidas, aunque un análisis de ambos casos no tengan puntos de comparación. Pero lo cierto es que esta muerte me ha recordado, así de pronto, a aquella otra.

Mi amistad con Luis Feria nació a finales de los setenta, un día de copas en un bar de Santa Cruz con amigos que no recuerdo bien (Fernando Senante, García Luis...) y nunca fue una relación literaria, como me hubiera gustado, sino una relación festiva, ociosa, como a él le gustaba. Quizá hablar, teorizar sobre poesía era, para él, un tormento o una tontería. Sí recuerdo que, no obstante, leía los libros de los poetas que aquí editaban y hacía comentarios sobre ellos.

Para Luis Feria vivir la vida era gozar los pequeños instantes, las pequeñas cosas. Y en sus inmensas caminatas - cuando todavía no había sufrido aquellas roturas que hicieron más cortos sus paseos - por la ciudad que le desconocía como el inmenso poeta que era y lo cual le permitió siempre andar anónimamente por todas partes, como a él le gustaba, demorándose aquí y allá con los amigos que él elegía y rehuendo de los que desestimaba. Recuerdo que me asaltaba en horas de oficina y yo le llevaba a tomar un cortado y me despedía de él porque si no podía hacerse interminable su conversación siempre tocada de una

exquisita e irónica indiscreción, que yo celebraba y acaso incitaba. Él era una suerte de *ars angélico* que inventaba, al hilo de la conversación, historias jocosas y personajes maravillosos. Pero aquellas tertulias en el filo de la mañana terminaron pronto porque no eran ni oportunas ni adecuadas por el lugar y la hora. Luego los contactos fueron más distantes y esporádicos.

Fue a finales de los setenta, cuando buscábamos voces propias en las que reconocernos, cuando encontramos la de Luis Feria, recién venido de la Península para instalarse definitivamente en su tierra, en la tierra de su memoria poética, en el paraíso imaginado de la infancia, y encontramos en su exquisito gusto por la palabra y en su inmensa sinceridad el norte imprescindible que andábamos buscando. Fue además cuidadoso con la estética del poema, del medio en que se insertaba, hasta el punto de resistirse a dar sueltos para su publicación en páginas o colecciones locales si no había detrás alguien de su absoluta confianza, que eran poquísimos. Esto le perjudicó socialmente, alimentando la imagen de un poeta incómodo e insolidario.

Pero él, como nadie, nos enseñó a transitar de puntillas por la poesía, con sosiego, con la palabra precisa, hermosa, con la memoria rescatada. Nos ense-

ñó que el motivo del canto es el poeta mismo y sus cosas. Nosotros, con el reinante fervor por la vanguardia insular, por el movimiento surrealista canario, y por los fetasianos por otro lado, quizá no tuvimos en aquellos momentos la suficiente lucidez para privilegiarlo, pero esa es una cuestión aparte, para otro momento y lugar.

Y quiero definir la personalidad de Luis Feria con palabras ajenas, en este caso de Julio Llamazares, que dice que "hay dos tipos de escritores: los que escriben para pasar el rato, es decir, ser famosos, ganar dinero, y los que escriben para pasar la vida, para soportar el paso del tiempo". En este sentido no me cabe la menor duda de que a Luis Feria no le interesaban ni la fama ni el dinero, es decir, escribía para conjurar y soportar el paso del tiempo.

Le bastaba y le sobraba a nuestro poeta, para ser imprescindible en la literatura, para que sus amigos le admirasen, con la inmensa calidad y la infinita sinceridad de su poesía. Se nos ha ido, para siempre, el hombre, un día de febrero oscuro de polvo africano; nos queda, para siempre, el poeta, iluminando un territorio franco, sin muros ni barrotes; el sagrado territorio de la poesía, de la que fue, sin lugar a dudas, uno de sus más lúcidos sacerdotes.